

ADMINISTRACIÓN NACIONAL DE EDUCACIÓN PÚBLICA
CONSEJO DE FORMACIÓN EN EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO NACIONAL DE ESPAÑOL

ESPAÑOL AL SUR

Segunda edición revisada y aumentada

GERARDO CÁNEPA ÁLVAREZ
MARÍA JOSÉ GONZÁLEZ
CRISTINA PIPPOLO

(Compiladores)

PRESENTACIÓN

El presente volumen constituye un aporte del Departamento Nacional de Español a los estudiantes del profesorado, a los egresados, a los docentes a cargo de la formación en educación y al Instituto de Profesores «Artigas» que, en sus sesenta años de funcionamiento, ha definido generaciones de intelectuales cuya labor profesional e impacto social han contribuido a marcar el rumbo de la enseñanza media y de los estudios del lenguaje en el Uruguay.

Está dedicado también al trabajo de relevamiento y análisis de los archivos históricos del Departamento de Colonia que el Centro Regional de Profesores del Suroeste lleva adelante con su cuerpo directivo y el equipo docente del profesorado de Español.

Español al Sur debe a sus colaboradores de Uruguay, de Argentina y de Venezuela esta serie de artículos que transita por las distintas aunque ligadas áreas en que profundizan las ciencias del lenguaje y los estudios literarios: ofrece, a sus lectores, trabajos varios sobre cuestiones problemáticas en la gramática del español, enseñanza de la lengua, análisis literarios y estudios de filología general.

Es de esperarse que la fuerte tradición humanística de la cultura uruguaya encuentre, en este libro, tanto la justificación cuanto el fundamento para esos nuevos emprendimientos que llegan como promesa, tan esperanzadora para todos nosotros, de los estudiantes a quienes convoca, hoy, este campo de estudios y este espacio de la educación.

Gerardo Cánepa Álvarez
María José González
Cristina Pippolo
Montevideo, agosto de 2012

MOTIVACIÓN Y ORIGEN DE LOS CAMBIOS LINGÜÍSTICOS

Adolfo ELIZAINCÍN
Academia Nacional de Letras. Uruguay

Afortunadamente, el dilema teórico que hasta hace unos quince años atrás nos quitaba el sueño y hasta en algunas oportunidades impedía avanzar en tareas más prácticas y concretas, se ha dilucidado; hoy ya nadie piensa en el enfoque sincrónico como algo diferente del diacrónico: no es un problema interesante. En la tantas veces citada sentencia de Eugenio Coseriu de que la lengua funciona sincrónicamente y se hace diacrónicamente, funcionar y «hacerse» no pueden separarse sino en la ficción metodológica y técnica de la investigación concreta¹. Es un gran paso adelante en nuestra disciplina².

Todos los objetos sociales, también los naturales, de nuestro mundo presentan la imagen que capta un observador *hic et nunc* después de haber andado un largo camino, objetivación (y metaforización) del tiempo actuando irreversiblemente sobre ellos. Nada es hoy como lo fue antes; tampoco hubo un solo estado «antes» y un solo posible estadio ahora y en el futuro. El devenir constante y la diversificación y variación continua está en la naturaleza misma de estos objetos, de difícil acceso para el observador. Sin duda el lenguaje se comporta de esta manera. Ello ha llevado a afirmar a David Lightfoot que el cambio lingüístico es mucho más imprevisible de lo que normalmente pensamos, para desesperación de quienes intentan explicarlo a través de rígidas regularidades. No olvidemos tampoco las luminosas palabras de Edward Sapir, para quien el cambio lingüístico era equiparable, y fácilmente comparable, con la imagen de un péndulo. Todo ello porque el cambio lingüístico no es unidireccional, es decir que no se inicia inequívocamente en un momento y lugar determinado y, a partir de ahí comienza su trayectoria ininterrumpida a lo largo de un lapso determinado, hasta que «termina». No es así, y eso ya lo sabemos desde hace muchísimo tiempo.

Por ejemplo, Ramón Menéndez Pidal (1942:142), cuando discute un tema muy candente en su época, el de las leyes fonéticas, explica que las lenguas poseen una especie de fuerza interior, una corriente o «deriva», que fuerza a las múltiples eventuales modificaciones cotidianas a adecuarse a ella, arrastrando las palabras afectadas por esa modificación en un camino no exento de contratiempos: «todas [las palabras] son llevadas por la misma corriente, como multitud de hojas caídas en un río; cada hoja sigue su curso especial, tropieza acaso con obstáculos que la desvían, la retrasan o la detienen, pero todas están sometidas a la misma fuerza». Agregaría yo, quizás algunas de esas hojas se detengan en un remanso de la corriente y no continúen en absoluto el camino de sus compañeras.

Bien, el cambio es inevitable e imprevisible, parecen decirnos estos autores citados; por lo tanto, ya que seguramente estamos de acuerdo con que el cambio lingüístico existe (no hagamos como Coseriu quien tituló uno de sus más celebrados trabajos sobre el cambio, precisamente, «Linguistic Change Does Not Exist», en la

bibliografía, más abajo, como Coseriu 1988a) será necesario extremar la atención para percibir, en una sincronía determinada (en la oralidad actual real o reproducida magnetofónicamente, o en la escritura de épocas pasadas - esto un poco más complejo) los indicios muchas veces apenas perceptibles de que algo está pasando en una estructura lingüística determinada; que hay ahí algún movimiento sospechoso, un leve estremecimiento que augura algo que puede suceder, algo que, si se dan una multitud de condiciones de todo tipo, puede cristalizarse en un «cambio», lo que la lingüística histórica lleva a bautizar como tal, que empieza a adquirir un *status* científico y empieza a ser objeto de tesis doctorales y artículos de revistas especializadas.

Todas estas consideraciones son posibles porque hemos logrado escabullirnos del rígido corsé de la diacronía como algo opuesto a la sincronía. Sobre el papel que Eugenio Coseriu, tempranamente, antes que todos los demás lingüistas, cumplió en este proceso no es necesario abundar aquí. Basta repasar las luminosas páginas de *Sincronía, diacronía e historia* publicación montevideana de 1957. No, hoy quiero llamar la atención sobre otro autor que contribuyó a este propósito, con un trasfondo y una mirada sobre el lenguaje seguramente muy distinta a la de Coseriu. Me refiero a William Labov.

También él desestima de hecho la hasta entonces falsa dicotomía sincronía/diacronía; digo de hecho porque no hay una formulación explícita a través de una teorización pertinente al tema. Pero el mismo hecho de considerar a la variación lingüística (centro fundamental de su interés) como la manifestación sincrónica del cambio (en marcha, *in progress*, claro) o, *mutatis mutandis*, al cambio como manifestación diacrónica de la variación, da la pauta de que se trata de un fenómeno con dos caras indisolubles que, aplicando la metáfora de Saussure a propósito del signo lingüístico como una hoja de papel, «no se puede cortar una cara sin simultáneamente cortar la otra». Es decir, no podemos separar sincronía de diacronía.

Por otra parte, Labov aporta, entre otras³, esta idea fundamental: el cambio es siempre el cambio «en marcha»⁴. No hay un fin para los cambios (de la misma manera como hay el fin de un viaje, o de una carrera, cuando se llega a la meta); siempre es posible que una estructura estable durante un lapso determinado se desacomode e inicie el largo (o no) camino del cambio.

Esta idea, que plantea concebir el funcionamiento de las lenguas naturales en forma dinámica y dialéctica es de una fuerza inusitada en el campo de la lingüística histórica. El cambio que interesa ya no es el cambio terminado, porque ese concepto resulta ser, en realidad, un concepto vacío, sin significación. Lo que la vieja lingüística histórica (mejor aun, cierta lingüística histórica de los manuales de gramática histórica, por ejemplo) planteaba como tal ya no tiene interés, primero porque, por definición, el cambio finalizado no existe, segundo porque es precisamente a través de ese eterno movimiento como mejor nos aproximamos a la verdadera esencia del lenguaje; de lo contrario, nunca podríamos llegar a entender su verdadero y connatural funcionamiento. Hay cambios que, iniciados, abortan en el camino. El español antiguo, por ejemplo, solía auxiliar a los verbos intransitivos de movimiento o transformación de estado (llegar, salir, crecer, nacer) con ser pero, al

prosperar, gramaticalización mediante, el antiguo habere (originalmente un verbo de posesión) como auxiliar, no continuó ese camino, y allí quedó, sin desarrollo posterior, como por el contrario lo hicieron otras lenguas cercanas del mismo origen, caso del italiano o del francés. Aun así, con evidencia empírica de que ya no es posible «soy llegado», o «es venido», no deja de ser interesante la subsistencia de «soy nacido en X». ¿Restos de una construcción que hace quinientos años no es más productiva? ¿No será un rescoldo que podría muy bien reactivarse, reiniciando el cambio?

Por fin, el cambio de punto de vista para observar el cambio: si hasta hace poco tiempo se privilegiaba la perspectiva del emisor, ahora se la complementa con la del receptor de los mensajes. El inicio de una modificación (que puede o no dar lugar al cambio posterior) puede ser atribuido no solo a la realización diferente de alguna estructura fonética o gramatical por parte de un emisor, sino a la descodificación idiosincrásica que de ella puede hacer un receptor. De esta manera se le da protagonismo a ambas partes del acto de comunicación en el proceso de inicio del cambio. Si el receptor interpreta lo que recibe de una forma personal, no necesariamente coincidente con lo que el emisor cree haber comunicado, impondrá en la estructura en cuestión un análisis diferente al que seguramente tendría al momento de ser emitido; es decir, estaríamos frente a un reanálisis. Y este puede, repito, si se dan una cantidad importante de circunstancias, ser el inicio de un cambio.

La lingüística histórica actual (llamémosla así desde Weinreich, Labov & Herzog 1968) es una compleja disciplina que ya no puede actuar en solitario: su alianza con la dialectología y la sociolingüística es imprescindible para justipreciar el funcionamiento siempre dinámico de las lenguas en perspectiva temporal, que es casi como decir la visión obligada que el propio objeto impone al observador, al lingüista (v. Elizaincín en prensa).

De la misma manera como la superación del equivocado enfoque dicotómico de la distinción entre sincronía-diacronía trajo tranquilidad a la academia, en un sentido inverso hoy estamos acusando el impacto de la visión funcionalista combinada con los enfoques cognitivos, que están modificando muchos puntos de vista y obligando a rever muchos problemas a veces considerados saldados. Por este lado pasa la discusión actual la que a su vez se complementa con asuntos de índole más práctica o, si se quiere, de técnicas de recopilación de los datos, a saber, dos cuestiones, en este sentido fundamentales: el uso de fuentes no únicamente literarias o muy formales para recoger los datos necesarios, sino también escritos y textos más informales (por lo mismo más difíciles de encontrar por cuanto no se conservan ni atesoran con la misma prolijidad que los anteriores) y, por otro lado, la irrupción de la así llamada *lingüística del corpus*, posible gracias a la tecnología informática que permite lidiar en pocos segundos con una cantidad hasta ahora impensable de documentos.

Con estas coordenadas teóricas y prácticas –metodológicas– que he estado repasando en las líneas anteriores irrumpe la nueva lingüística histórica en la arena de los estudios lingüísticos. Mi hipótesis sobre el cambio tiene que ver con factores externos e internos a la propia lengua, una suerte de lingüística externa y también, de lingüística interna.

Lo externo tiene que ver con el problema del contacto lingüístico que no debe verse, a estos efectos, desde el punto de vista antropológico o sociológico, ligado al concepto de contacto de culturas, con el que está irremediabilmente asociado; tampoco en el sentido de Weinreich (1954) es decir, como consideración relacionada con la construcción de diasistemas y del papel que en ello juegan las interferencias lingüísticas de un sistema en otro; tampoco en el sentido de condición indispensable para el surgimiento del bilingüismo social a lo que se asocia el concepto de diglosia dentro de la sociología del lenguaje (Ferguson 1959). No, aquí el contacto está visto como el responsable externo del proceso de cambio, a través del esquema, que ya he expuesto en varias oportunidades

CO > VA > CA

es decir, el contacto (CO) como la primera fuerza que produce la variación (VA) la que a su vez, eventualmente, desemboca o activa el cambio (CA). Se trata del contacto en su sentido más general entonces, el contacto entre tradiciones lingüísticas que no tienen porqué pertenecer a lenguas históricas diferentes. Por el contrario, dos tradiciones lingüísticas pertenecientes a una misma lengua histórica o, mejor, desarrolladas dentro del mismo ámbito lingüístico histórico, pueden ponerse en contacto si se cumplen determinadas circunstancias y así, comenzar el estadio de la variación a resultas del cual, en una de sus posibles líneas de desarrollo, emergerá y culminará (o no) el cambio lingüístico.

Uno de los más originales (y desconocidos, dicho sea de paso, v. Elizaincín 2009) autores sobre el contacto lingüístico, Frans van Coetsem lo explica (desde otro punto de vista) muy claramente (2000:277): «Indeed, the study of language contact has common features with (historical) comparative linguistics, specifically with inverted reconstruction (van Coetsem 1994:42). Of course this should not ignore field work in a so called *synchronic* perspective». Véase también al respecto Winford 2005.

El concepto de tradicón lingüística, también de Eugenio Coseriu, es de particular interés dentro de este esquema. Una tradición, en este sentido, es un rasgo de cualquier nivel lingüístico característico de un nivel, grupo, comunidad o estilo. Por ejemplo, la aspiración de /-s/ en ciertos contextos en español es una tradición que puede, eventualmente, ponerse en contacto con otra, que se realiza como articulación plena del fonema en cuestión, es decir, sin aspiración. Pues bien, el contacto (CO) de ambas tradiciones (que puede darse en situaciones de movimientos migratorios, por ejemplo) va a producir la variación (VA), a saber, la alternancia, según determinación sociolingüística, de /-s/ plena y /-s/ aspirada. Todo ello podrá producir el cambio futuro (CA).

El esquema es sencillo y tiene la virtud de conjuntar varios conceptos operantes en el ámbito de los estudios diacrónicos que no siempre son vistos en su globalidad y en sus sinergias. Y lo que es más importante, asigna a la cuestión del contacto su verdadero papel en los procesos de cambio: nada más y nada menos que

iniciador del proceso. Vale decir que todo cambio sigue a un estadio de variación, de acuerdo; vale decir algo más, dar un paso más: toda variación es producto de un contacto. Claro que hay que entender contacto en sentido amplio, contacto de tradiciones lingüísticas diferentes y no contacto «de lenguas» y ni siquiera de «dialectos» o entidades del estilo. Con estas premisas estamos prontos a pasar al siguiente asunto.

La afirmación anterior tiene que ver con una visión externa del cambio, de alguna manera con una perspectiva sociolingüística. Ahora es necesario considerarlo desde el punto de vista interno, sistemático; lingüístico, sin más. Desde este enfoque, el cambio surge como consecuencia de un desajuste entre una forma y una función. Hay que entender aquí, «función» como función (en realidad, necesidad) comunicativa. Toda la vida en sociedad se desarrolla a través de la satisfacción, en mayor o menor medida, de estas necesidades comunicativas. Para poner un ejemplo muy básico: la vida en comunidad requiere que sus integrantes estén enterados de un sinnúmero de asuntos relacionados con la vida en sociedad, precisamente, por lo que deben requerir información sobre asuntos que pueden ser de importancia vital (por ejemplo, preguntar dónde se encuentra el extintor de incendios más cercano), o no tanto. Pues bien, a esto llamo función (necesidad) comunicativa. Y para satisfacer esa necesidad, es evidente que debe intervenir el lenguaje para acceder a la información que necesitamos. El lenguaje (las lenguas) han desarrollado una forma específica para cumplir esta función, que es el enunciado interrogativo, el cual se conforma en cada lengua con sus características fonéticas y sintácticas peculiares. ¿Puede esa forma cumplir otras funciones distintas? Sí, claro que puede hacerlo: esta forma interrogativa de que hablo puede servir, además, para reprochar («¿Tenías que decirlo justo en ese momento?»), hacer retórica («¿Quién va a hacer algo para perjudicar al país?»), ser amable («¿me permite, por favor?»), etc. etc. Pero todas ellas son funciones admitidas por esa forma, que se encuentran estabilizadas durante un lapso histórico determinado. Basta que se produzca algún pequeño movimiento, o modificación, en algunas de esas funciones (una de ellas siempre es la más importante que cumple esa forma, la central o prototípica, digamos), para que el esquema FORMA-FUNCIÓN que venía actuando en forma armónica, deje de hacerlo.

Cuando eso sucede, el sistema se desequilibra; ese desequilibrio tiene consecuencias a nivel del usuario común de la lengua que puede sentirse inseguro al usar esa forma, ya no sabe si con ella está expresando lo que desea o no, como quizás lo hacía hasta hace algún tiempo. También, por cierto a nivel de las propias formas que van necesariamente a intentar reacomodarse para lograr nuevamente el equilibrio anterior a la crisis (todo sistema, para que efectivamente sea útil debe funcionar con el mínimo de situaciones problemáticas o complejas).

Creo que en este momento estamos frente al inicio del cambio: dependerá de la forma como ese desajuste encuentre su nuevo equilibrio; si lo hace, lo que significa que, socialmente, la nueva forma ha sido aceptada por más de un hablante, digamos, estamos frente al *cambio en marcha*, cuya culminación, como dije antes, puede demorar mucho o poco tiempo en llegar, o, incluso podría no llegar nunca y

mantenerse una especie de rivalidad entre la forma nueva que ha surgido como consecuencia de la crisis, y la anterior. Estas situaciones son de compleja caracterización sociolingüística. Este momento de la dinámica interna del cambio corresponde a la etapa de la variación. Por esta misma razón, ambos puntos de vista para el estudio del cambio no son visiones contrapuestas, sino complementarias.

Un ejemplo interesante para ilustrar esta tesis puede observarse en las vicisitudes y vaivenes a lo largo de siglos de historia del pronombre vos. Desde su origen en el latín, pronombre de segunda persona plural, hasta el uso actual en el español rioplatense, por ejemplo, ha pasado mucha agua bajo los puentes. Sin embargo, y por eso el ejemplo es útil, su forma ha sufrido muy pocas modificaciones, si acaso, modificaciones en la fonética de la labiodental o bilabial inicial, pero aparte de ello, puede decirse que el cuerpo fonético de la forma se ha mantenido firme a lo largo de los tiempos (lo mismo sucedió con la forma singular correspondiente, tú, pero no es del caso tratar esta aquí).

La función de vos inicial, es decir su utilización para dirigirse a un interlocutor múltiple (plural), cambia de manera catastrófica a lo largo de la historia, primero cuando comienza a incluir en su funcionalidad la referencia a UN interlocutor (singular), y segundo cuando sobreviene una serie de modificaciones relacionadas con una categoría que empieza a dibujarse en el momento en que hay posibilidades de elección, a saber la categoría pragmática de cercanía. Es decir, que la forma primitiva se empieza a llenar de nuevas funciones y a liberarse de otras. Vale decir, asistimos a un desajuste entre forma y función que desequilibra esta parte del sistema armoniosa y tranquila hasta el momento en que dejó de significar SOLO interlocutor plural.

Ahora, ya con la función de singular a cuestas, debe competir con la vieja forma tu (singular) que también va a sufrir el impacto y va a ser desestructurada. Los tiempos de la coexistencia del nuevo vos y el viejo tu en el ámbito del singular, habiéndose especializado el primero de ellos para los tratamientos de lejanía y el segundo para los de cercanía, confianza o intimidad, pudo haberse establecido como la nueva solución que podría haber perdurado, armoniosamente integrada, por un tiempo. Este vos, por cierto, a pesar de su similitud fonética con el originario, ya no es el mismo, es decir, se ha cumplido un cambio lingüístico, que lejos de haber concluido en realidad ha comenzado su camino. Para diferenciarlos, quizás podríamos llamar vos1 al primero de ellos y vos2 al segundo.

Hacia fines de la Edad Media sobreviene otro gran acontecimiento interpretable a la luz de la motivación externa del cambio ya que su origen es sociolingüístico: la irrupción, como consecuencia de la reestructuración de las relaciones sociales entre los individuos de la forma Vuestra Merced que, gramaticalización mediante, daría el actual usted. ¿Por qué traigo a colación este asunto? Bueno, pues porque VM (= Vuestra Merced > usted) desalojará a vos2 de su lugar como pronombre de segunda singular de LEJANÍA, es decir, le quitará parte de esa significación pragmática; de otra manera, la forma perderá parte de esa funcionalidad (nuevo desajuste) para comenzar a ser usado con referencia a personas a quienes se desea tratar más cercana o íntimamente. Estamos ante el vos3, que debe

competir con tú que, desde siempre cumplió ese papel. Este *vos*³ es el rioplatense, por ejemplo. ¿Significa ello que desapareció el *vos*¹? No, en un proceso parcialmente simultáneo a este que acabo de mostrar, y por analogía con lo sucedido al pronombre de primera persona plural *nos*, que se juntó a *otros* para formar *nosotros*, hizo lo propio creándose *vosotros*.

Esta historia, que acompaña todo el desarrollo del castellano > español a lo largo de siglos, está lejos de acabar. Pero la propia complejidad del proceso que actúa sobre varios elementos a la vez pero afecta en forma notoria a *vos* explica, espero, el mecanismo de desajuste entre la forma y la función de las formas que está en el origen del cambio visto internamente.

El caso del cambio designado como *gramaticalización* (V. Closs Traugott & Heine 1991, Hopper & Closs Traugott 1991, Company Company 2003, entre tantos otros) ilustra también el funcionamiento de este esquema. La conocida definición de la gramaticalización (desde el punto de vista diacrónico) como el proceso que transforma un ítem lexical en un elemento gramatical, o a uno gramatical en otro más gramatical aún, ejemplifica precisamente esto: una forma que se vacía total o parcialmente de su contenido léxico para crear una forma con significado gramatical, es decir, «rellenando» la forma antigua con un contenido nuevo. Por cierto la forma antigua puede «clonarse» y subsistir a pesar de la gramaticalización⁵. Hay una abundantísima literatura teórica y aplicada sobre este tipo de cambio en todas las lenguas (también en el español, por cierto) hasta tal punto que hoy parecería imposible tocar cualquier asunto de lingüística histórica sin apelar al expediente de la gramaticalización en algún momento de la exposición. Tan es así que algunos han llegado a creer que se trata de una especie de *megacambio* o *cambio de cambios* debido a su protagonismo en la lingüística funcional actual. Por cierto es muy útil la explicación que puede dar de muchos procesos de las lenguas naturales (diacrónicos y sincrónicos). Es interesante y atrayente concebir al adverbio inglés *always* como proveniente de las formas *all + way* (parafraseando, «todo camino»), o el también adverbio del español *todavía* formado por la combinación de elementos *toda + vía*, y así sucesivamente. Que esa sea una forma de «crear gramática» es un enfoque interesante, porque de la misma forma como se crea léxico, es decir, se incorpora léxico nuevo en una lengua, también este desaparece o, en todo caso, y siguiendo este razonamiento, se transforma en gramática.

Por fin, permítaseme decir que la lingüística histórica se beneficia grandemente del método comparativo, ya que la visualización de los diferentes procesos que cumple una lengua en un espejo cercano, que puede ser el de otra lengua vecina, ofrece abundantes indicios del funcionamiento y la evolución en la primera. Con mucha frecuencia he trabajado de esta manera, usado como espejo del español el portugués, lengua a la que la nuestra está unida por razones de origen, tipología y arealidad. Seguir una evolución en ambas lenguas se transforma en un laboratorio lingüístico de incalculables beneficios.

En lo que sigue, y, en cierta manera, basándome en las fundamentaciones anteriores, trataré dos temas interesantes en la historia de la lengua española, uno de ellos visto, como dije antes, en el espejo del portugués. Se trata:

- 1) del caso de la diacronía del verbo *gustar*; port. *gostar*, y
- 2) del caso del surgimiento románico de los tiempos compuestos.

Existen en las lenguas un tipo especial de verbos (entre los cuales *gustar*) que poseen por el momento una denominación muy variada: verbos psicológicos, de afección, de afectación, de experimentación de estado. Véanse los ejemplos 1) y 2) siguientes

1. Me gusta la cerveza.
2. Nos gusta ir al cine.

Como explica la *Nueva gramática de la lengua española* Vol. II, párr. 35.5m.

«El rasgo más característico de los verbos de afección es el hecho de que su CI designe al individuo que experimenta algo, en lugar de aquel a quien se dirige, se orienta o se transfiere alguna cosa. En el esquema sintáctico más común la causa de la sensación o el sentimiento suscitado está representada por el sujeto: *Le (CI) encantaban los boleros (Suj.)*»

Estamos, entonces, ante un fenómeno de compleja expresión que, de alguna manera va a forzar el orden normal y mayoritario de las construcciones verbales donde, efectivamente, el CI representa lo que se estableció más arriba. Esto suele suceder en construcciones con verbos transitivos donde el sujeto es agente y el OD el recipiente de la acción (con sus matices) comenzada por el agente. Se trata de expresar, con la forma que se encuentre más adecuada, esta función, (en el sentido de necesidad de comunicación, según lo explicado antes) que busca transmitir *lo que se siente* o *se experimenta* ante algún estímulo o posibilidad de acción determinada, es decir, lo que se observa en los ejemplos 1. y 2. más arriba.

Oraciones de este tipo poseen una baja transitividad (V. Vázquez Rozas 2006, Vázquez y Rivas 2007). Por otra parte, el orden de las palabras que aparece en esos enunciados no es el canónico de sujeto en posición preverbal; aquí se encuentra en posición posverbal. Por cierto, el status de sujeto de este constituyente depende del enfoque que se haga del problema: desde el punto de vista sintáctico, a pesar de la posición posverbal muestra concordancia con el verbo. Véase

3. Me gustan las cervezas

Por otra parte, dada su posición posverbal, podría pensarse en un OD, constituyente que canónicamente ocupa esa posición; sin duda «lo gustado» es la cerveza, pero no admite

- a) conmutación por clítico acusativo
4. *la me gusta, *me la gusta, *gusta me la
- ni b), pasivización
5. *La cerveza es gustada por mí

No se trata, entonces, de un objeto que sea afectado por el verbo; por el contrario, es la causa que provoca o precipita el estado que se manifiesta en el experimentador (o experimentante, como dicen otras terminologías).

Sin duda se trata de una compleja estructura conceptual, resultado de una

función comunicativa sofisticada que se acuña en una forma lingüística también compleja por cuanto hace uso de estructuras básicamente destinada a expresar otros contenidos (los habituales en una construcción con dativo en la que este designa «aquél a quien se dirige, se orienta o se transfiere alguna cosa», como dice la NGLÉ) todo lo cual provoca un desajuste entre forma y función claramente perceptible en su carácter marcado, por un lado, y en su alta conflictividad sociolingüística, en el sentido de inseguridad latente en el uso por parte de los hablantes, por otro. Esto es visible, por ejemplo, en estructuras típicas de la lengua oral del tipo

6. Yo... me gusta

donde el hablante fuerza la estructura e introduce un experimentante en nominativo que luego sustituye inmediatamente por el correspondiente dativo.

El fenómeno de la duplicación de clítico, con énfasis en el experimentante para enfatizarlo, diferenciarlo o identificarlo pragmáticamente se da también en estas estructuras, como en otras menos complejas con clíticos dativos o acusativos:

7. *A mí* me gusta la cerveza⁶.

Vázquez (1995:218 y s.), por su parte llama la atención sobre la categoría voluntario/involuntario que puede concretarse léxicamente, junto a *gustar*, con el verbo *amar*:

En efecto en una oración con sujeto agente típico como

8. María ama la música.

existe un control del agente de la acción predicada. En

9. A María le gusta la música

por el contrario, debe descartarse «que la situación descrita esté bajo control voluntario de algunos de los participantes implicados» como dice Vázquez Rozas.

A grandes rasgos, esta es la situación actual en el español.

El portugués, lengua hermana del español, por origen, arealidad y tipología, como dije antes, tiene una situación menos compleja a este respecto. En efecto, solo son posibles 10 y 11 como correspondientes a los ejemplos 1. y 2. más arriba

10. Eu gosto da cerveja

11. Nos gostamos de ir ao cinema

(No considero aquí la posible variante de 11, muy común en la lengua hablada en Brasil, «A gente gosta de ir ao cinema», porque presenta problemas adicionales).

En el portugués, como se ve, el experimentante se codifica como nominativo mientras que el estímulo se introduce preposicionalmente. La diferencia con el español es abismal. En portugués la construcción está mucho más cerca de una construcción biactancial con sujeto en posición preverbal agente de la acción y objeto directo afectado, que en español, por lo que su conflictividad sociolingüística es mucho menor (debe recordarse, además, que el portugués admite en mucho menor medida que el español la «inversión del sujeto»).

No obstante, y a pesar de la similitud, es posible afirmar que, aspectualmente, ambas lenguas coinciden en que *gustar/gostar* denotan estados y no

realizaciones. Por eso mismo, se trata de predicados atélicos. Rivero (2010:168), propone (para el español) que aquellos verbos con experimentantes exclusivamente dativos se agrupan en dos «familias», una tética representativa de realizaciones y una atética representativa de estados. *Gustar*, al igual que *apetecer*, pertenecen a la segunda familia. La distinción es muy importante, según ella, para entender la evolución histórica de este tipo de verbo.

También el español posee una construcción similar a la del portugués, (v. 10. y 11.) con el experimentante en nominativo y un complemento de régimen que sería una variante de 1. propia «de los registros formales» según el *Manual* de la NGLÉ que ofrece este ejemplo (p. 641):

12. Barda no gustaba de insistir cuando sugería algún asunto desagradable en la memoria de sus amigos

Está por comprobarse el carácter propio «de los registros formales» atribuido a este tipo de construcciones, no creo que sea siempre así. Sí hay, por el contrario, una construcción a través de la cual se puede expresar el afecto, atracción o predilección de alguien por alguien

13. Juan gusta de ella

que da la base, además, para reflexivos y recíprocos

14. Juan y María se gustaban

Desde el punto de vista diacrónico hay que hacer varias observaciones. En primer lugar, una constatación inicial: se trata, en ambas lenguas de un verbo relativamente moderno. En español, tanto *gustar* como *apetecer* tienen escasísima aparición durante la época medieval; el verbo que más se le aproxima, en aquella época, es *prazer*.

La segunda observación es que, cuando aparece, *gustar* hace referencia, en un primer momento, a sensaciones que se pueden experimentar mediante uno de nuestros sentidos, el del gusto, como el sabor de los alimentos o bebidas. Su posterior ampliación semántica, para referir a cualquier estímulo grato que provoque sensación de placer en alguien, más allá de alimentos o bebidas, es un hecho bien conocido en la lingüística histórica, sobre todo en la semántica histórica.

Como dije, son construcciones modernas (siglo XVII) en las que, de todos modos, es necesario reconocer que la construcción con experimentante en nominativo precede, en español, a la actual con dativo. De manera que se ha producido un cambio notorio en la expresión de este contenido. El anterior, más antiguo «yo gusto de...» (NOM GUSTAR) viene a ser reemplazado por «me gusta...» (DAT GUSTAR). En la actualidad aún no ha desaparecido la primera construcción, pero, como corresponde también a toda evolución lingüística, está ya confinado («acorralado», digamos) a ámbitos muy especiales de significación y/o a condiciones sociolingüísticas determinadas, como dije antes. Nada de eso sucedió en portugués en el que se mantiene, hasta ahora, la construcción con experimentante en nominativo (NOM GUSTAR).

Tengamos una rápida mirada a los corpus CORDE (diacrónico) y a CREA (sincrónico) del español. Se ha realizado una búsqueda primaria con los verbos en

cuestión solo en presente (es decir, *yo gusto* pero no *yo gusté* o *gustaré* y *me gusta* pero no *me gustó* o *gustará*), en todas las personas gramaticales, con y sin manifestación explícita del pronombre en la construcción con nominativo (es decir *yo gusto* pero también *gusto*). Solo se dan ocurrencias, no porcentajes.

	<u>C O R D E</u>		<u>C R E A</u>	
	NOM GUSTAR	DAT GUSTAR	NOM GUSTAR	DAT GUSTAR
s. 16	657	7		
s. 17	1550	17		
s. 18	632	108		
s. 19	1651	1103		
s. 20	1355	3244	1493	11054
s. 21			353	1903

La construcción (NOM GUSTAR) que hace su aparición en el siglo XVI, avanza y retrocede a lo largo de estos cinco siglos hasta que en el XX presenta menos casos que en el XIX. Su evolución es fluctuante, según estos datos. La construcción nueva (DAT GUSTAR) sin embargo, que viene a sustituir a la anterior, avanza en forma decidida desde el comienzo, 7 casos (s. XVI) hasta el final, 11054 casos en el s. XX (1903 en los primeros años del s. XXI). Veamos dos o tres ejemplos

1679. Ana Francisca Abarca de Bolea, *Vigilia y octavario de San Juan Baptista*.

Y es tan bueno que *gusta*

del cautiverio

A gozar con Dios vamos

.....

1647. María de Zayas y Sotomayor, *Desengaños amorosos*.

-Cierto, señor Don Juan, que ya vuestro amor dexa de serlo, y toca en locura o temeridad. Si conocéis que *esa dama no gusta de que la améis*, o por su honestidad, o porque no se agrada de vuestras pretensiones...

A partir del siglo XVIII se hacen cada vez más comunes casos como

1729. Anónimo. *Sobre cabos y jefes de las Armadas que pasaren a Indias...*

(...) se ha puesto en mi noticia que contra lo dispuesto y mandado en ellas son muchas las personas que se embarcan y pasan a las Indias sin mi licencia y especialmente los que llaman polizones, siguiéndose de ello graves inconvenientes redundando este abuso tanto del empeño o recomendación que tienen los Oficiales Generales, Capitanes, tenientes y Veedores para admitirlos y tolerarlos a su bordo, como de aquellos oficiales de mar *les gusta la libertad* este mismo respeto...

1729. Fulgencio Afán de Ribera, *Virtud al uso y mística a la moda*.

Procura regalarte y decir que nada te gusta, pero que es forzoso obedecer á quien te lo manda

1787. Ignacio García Malo, *Voz de la naturaleza*.

Bien hecho. *Me gusta esa precaución*

Según *O corpus do português* (v. www.corpusdoportugues.org) de Mark Davies y Michael J. Ferreira no se testimonia casos de DAT GOSTAR. Sí es abundante, sin embargo, la construcción NOM GOSTAR, sobre todo a partir a partir del siglo XVIII, lo que muestra su carácter también moderno en esta lengua. Las ocurrencias se dan de esta manera (tiempos del presente, con el pronombre explícito)

	Eu gosto	Você gosta	Nos gostamos	Eles gostam
s.19	119	9	1	4
s.20	440	62		26

Como se ve NOM GUSTAR es la construcción hegemónica del portugués.

Volviendo al español, no deja de sorprender la radicalidad del cambio operado. La pregunta que salta a la vista es: ¿por qué se produjo este cambio? ¿Qué llevó al español a seleccionar y luego preferir una estructura más compleja que la que venía usando hasta ese momento? Y, por último, ¿qué consecuencias puede tener esta gran diferencia entre el español y el portugués en situaciones de contacto lingüístico entre ambas lenguas?

Para Rivero (2010:168 y ss.) la familia télica de verbos con experimentantes dativos, que no sufre cambios a lo largo de la historia (verbos como *antojarse* y *olvidarse*, ejemplos de la autora):

15. La pérdida de Darío no se le *olvidaba* (Alexandre, 1240-1250)

Influye sobre la familia atélica (integrada, como dije antes, al comienzo por *placer* y luego por *gustar* y *apetecer*) para que la forma predominante pase de la construcción con nominativo a la construcción con dativo («barroca» según la autora) quien postula la existencia de un «receptáculo télico» siempre vivo a lo largo de toda la historia del español, receptáculo que superponiéndose a las entradas léxicas añade información sintáctica y semántica. La existencia de tal «receptáculo» explicado con el discurso y la metodología del generativismo, puede asimilarse a los tipos de estrategias que identificamos a nivel de la tipología, precisamente; es decir, fuerzas internas, «espíritu de la lengua» (Humboldt) que dan cuenta, a nivel más abstracto aun que el sistema, de los procedimientos generales que manejan las lenguas para crear palabras, para construir predicados, para ordenar los constituyentes en un enunciado, etc. (Coseriu 1988b).

En cuanto al segundo problema, dado que la construcción «antigua» es más simple que la moderna lo que equivale a decir que la construcción del portugués es más sencilla que la española, es altamente probable que, dadas las condiciones de inseguridad del hablante de español que reflejan una inestabilidad estructural del

sistema, el portugués incida en el español. No es extraño escuchar, en situaciones de contacto español/portugués enunciados del tipo

16. *Yo gusto de ir a las carreras, sí*

Con este ejemplo de *gustar* observado en su evolución histórica y en su comparación con el portugués he querido mostrar cómo nuestra segunda condición (la interna) para explicar el cambio, a saber, el desajuste en forma y función es responsable –aunque no exclusivo– de la evolución que hemos estudiado.

Mi último caso de ejemplificación tiene que ver, nuevamente, con un hecho sorprendente, a primera vista, en el desarrollo de las lenguas románicas, pero en todo caso del español, que es lo que hoy nos atañe preferentemente: la creación romance de los tiempos verbales compuestos, fenómeno inexistente en la lengua de origen, el latín.

En repetidas oportunidades, los tratados y manuales de lingüística románica (Lausberg 1962) han presentado al latín como una lengua concisa, de tipología flexiva, que por su mismo poder retórico y su ajustada economía de medios expresivos hace uso de estrategias sintéticas, todo lo cual se suele ejemplificar con la flexión nominal y, en parte, con la verbal.

La explicación funciona bien en el ámbito del nombre donde efectivamente un muy alto porcentaje de las expresiones nominales están marcadas morfológicamente según las características de la categoría que corresponda, es decir están paradigmáticamente determinadas (la «declinación» según las gramáticas escolares); pero ella no significa que TODAS las estrategias gramaticales del latín sigan este patrón, como también se encargan de aclarar algunos manuales. Ya en el latín clásico (por cierto con mayor frecuencia en el vulgar) se encuentran marcaciones no morfológicas de las categorías, a través de preposiciones, por ejemplo, vale decir, determinaciones sintagmáticas⁷. No es infrecuente ver, simultáneamente, en una misma época y, a veces hasta en un mismo autor, el uso de ambas estrategias, la paradigmática y la sintagmática, lo cual sucede, además, no en todos los casos de la declinación nominal sino prototípicamente en el genitivo y, sobre todo, en el ablativo.

Esto no es por casualidad ni por capricho (la lengua JAMÁS actúa con esas «motivaciones»). Se trata del hecho de que tanto el genitivo como el ablativo son casos sobrecargados (funcionalmente hablando) de contenidos que se le fueron agregando a lo largo de los siglos. Por ejemplo, el genitivo no solo servía para expresar la «procedencia» u «origen» sino la materialidad de un elemento, la pertenencia, etc. etc.; y del ablativo ni hablemos, ya que, como se sabe, heredó del indoeuropeo originario no solo sus valores «propios», «originales», sino los que quedaron huérfanos por desaparición de las formas que sostenían los significados propios de los casos locativo e instrumental. Es decir que frente a una sobrecarga de esta naturaleza, que en mi interpretación del fenómeno del cambio, precipita un desequilibrio entre forma y función, se inicia una transformación que, a la larga, lleva a la sustitución total de las formas que sufrieron dicha inadecuación o desequilibrio. Es decir que las lenguas romances ya no expresaron más morfológicamente (sintéticamente) las circunstancias de lugar y tiempo, sino que lo hicieron

sintagmáticamente (analíticamente), mediante el uso de preposiciones. Cambio cumplido.

Tendencia similar puede detectarse en el caso de la creación de los tiempos compuestos, recurso de los que carecía el latín (no debe considerarse como tal la expresión de la pasividad, que constaba de un paradigma mezclado en el que coexistían estrategias diferentes según el tiempo y modo: *amor* «soy amado», pero *amatus sum*, «fui amado»).

La tipología de Coseriu⁸ explica casi en su totalidad este tipo de fenómenos de las lenguas románicas. En ese sentido es una explicación interna que se acompaña bien con nuestra tesis de la inadecuación de forma y función como inicio interno de un proceso de cambio. Pero, por cierto nada dice sobre las determinaciones externas, sociales y psicológicas (en la medida en que lo psicológico pueda ser considerado «externo») de estos fenómenos.

En este aspecto no hay más remedio que recurrir al hablante individual y tratar de reconstruir un posible, verosímil, proceso psico-social que haya sucedido en su experiencia lingüística vital. No tengo duda de que esas circunstancias que debemos reconstruir tienen que ver con una progresiva pérdida de competencia de los hablantes con respecto a ciertas formas propias de un estadio lingüístico anterior; es decir que, ciertas formas, en un momento dado, dejan de ser transparentes para los hablantes, motivo por el cual, ante las dudas e inseguridades que siempre se manifiestan sociolingüísticamente, empiezan a surgir nuevas formas que sustituyen a las no comprendidas por los hablantes de su momento (el fenómeno de las glosas que los monjes medievales de la baja Edad Media solían incorporar a los materiales con los que trabajaban en los escritorios conventuales medievales hablan de este fenómeno al que estoy aludiendo)⁹.

La pérdida de la transparencia de las formas, en cuanto circunstancia que provoca o suscita la inseguridad del hablante, es un fenómeno externo que puede estar motivado por el contacto de tradiciones lingüísticas diferentes y que va a provocar un desajuste interno de las formas y las funciones.

Precisamente, el fenómeno que mencioné más arriba, el de la creación de los tiempos compuestos, también puede verse bajo este esquema. Las formas sintéticas fueron sustituidas (¿complementadas?) por las compuestas. Para ello se necesitó que el sistema se activase también en otro sentido (todo repercute en todo, «tout se tient»), a saber, la utilización de algunos verbos como «auxiliares», es decir, la transformación de verbos que no cumplían esa función (típicamente «habere» y «esse») en verbos auxiliares, vía el proceso de gramaticalización. Es decir que, por ejemplo, en el caso de *habere* originalmente un verbo de posesión, se despoja de ese contenido y se transforma en un auxiliar que pasa a formar parte de las perífrasis verbales que las sustentan. Lo mismo con *esse*.

Para el primer caso, los contenidos de posesión fueron tomados, a su vez, por el «nuevo» verbo *tenere*, al menos en español, *tener*; y en portugués, *ter* (v. Callou 2006) no en francés o italiano. Extrañamente (estoy tentado a decir, aunque sepa que nada hay de extraño en los procesos lingüísticos) en estas dos últimas lenguas (a diferencia de las dos primeras, *vide supra*) subsisten aun al día de hoy, la

auxiliarización con *ser* (para verbos no transitivos, manteniéndose *habere*– avoir, avere – para los transitivos) perdida hace ya tiempo (pero existente en el período medieval) en español y portugués:

17. Je suis arrivé

18. Io sono arrivato

(cf. español medieval, *Poema de Mio Çid*: «el ivierno es exido»)

Por cierto, el «nuevo» *tener/ter* también se auxiliariza, con grados diferentes de gramaticalización en las dos lenguas que lo incorporaron originalmente como verbo de posesión

19. port. *Tenho* lido o libro

20. esp. *Tengo* leído el libro

Tanto español como portugués siguieron un proceso similar, en este aspecto, aunque no idéntico. Las diferencias son abundantes, lo que habla de procesos que se encuentran en diferentes momentos de su historia en ambas lenguas. V., al respecto Elizaincín 2002.

La creación de los tiempos compuestos tampoco es, en verdad, pura creación romance. La bibliografía nos enteramos de que hay casos en Plauto, Cicerón, Ovidio, que podrían interpretarse como embriones de los tiempos compuestos: *scriptum habeo* «tengo escrito» *Pecunias magnas collocatas habent* «tienen invertidos grandes capitales» en Cicerón por ejemplo (cf. Martínez-Atienza 2008:204) y así en otros.

Lo cierto es que la tendencia a abandonar las formas sintéticas se manifiesta no solo en la creación de tiempos verbales compuestos que refieren al tiempo pasado, sino también al futuro.

Scriptum habeo es la base para el posterior *he escrito*; *scribere habeo*, por su parte, lo es de *escribiré* (escribir + he) nuevamente una forma sintética, que andando un poco más el tiempo vuelve a dar origen a nuevas formas perifrásticas del tipo «voy a escribir», ahora con el verbo *ir* o aun nuevamente con el mismo *haber*: «he de escribir» que constituyen nuevos significados relacionales.

La aparición de estas formas compuestas trajo aparejado, además, un enriquecimiento del sistema aspectual de las lenguas. A partir de ahora podrá distinguirse, para el caso de los tiempos del pasado, matices aspectuales semejantes al aoristo diferenciándolos de los matices del perfecto. Para el caso del futuro, podrán expresarse matices de obligatoriedad, entre otros, en forma más clara que anteriormente.

Nuevamente, la teoría coseriana¹⁰ viene en nuestra ayuda. Recorro aquí a pasajes de Coseriu (1988b:213 y ss.). Para este autor el tiempo del verbo puede expresar o una única posición temporal o, simultáneamente, dos posiciones temporales; en este caso, el tiempo implica una relación entre dos puntos temporales. Los tiempos perifrásticos del latín vulgar y del románico corresponden precisamente a este segundo caso. El latín clásico ofrecía para ambas expresiones una construcción paradigmática por medio de formas simples; dicho de otra manera, el latín clásico no reconocía esta diferencia, es decir, no era una diferencia funcional¹¹. Una forma como *dixi*, por ejemplo, podía, según el contexto, interpretarse como gr. εἶπον o como gr.

εἶρηκα (Aoristo, o Perfecto). En el latín vulgar, *dixi* se mantuvo para el aoristo; para el nuevo significado con aspecto de perfecto, relacional, apareció la perífrasis *habeo dictum*.

El esquema siguiente de Coseriu relaciona ambos fenómenos de que estamos hablando (formación de tiempos compuestos en el pasado y en el futuro) por medio del nuevo auxiliar «habeo».

Pasado	Presente	Presente	Futuro
<i>dictum</i>	→ <i>habeo</i>	<i>habeo</i>	← <i>dicere</i>

Este tratamiento de las formas verbales «nuevas» del latín vulgar y, luego, de los romances sobrevivientes, son cruciales para que Coseriu pruebe la validez de su teoría tipológica en el marco de las lenguas romances, ya que no solo se puede aplicar a los procesos formadores en el ámbito nominal, sino también en el verbal y, más aún, en el de la sintaxis de las lenguas románicas¹².

Hasta ahora hemos referido a la formación de estos tiempos compuestos como una novedad románica a partir del latín. Sin embargo, si se observan las lenguas europeas no románicas, cae uno en la cuenta de que también ellas, o algunas de ellas, presentan el mismo fenómeno. Véase 21 (inglés) y 22. (alemán):

21. I ate / I have eaten the cheese cake

22. Ich ass/ habe die Käsekuche gegessen

Ambos ejemplos con fuertes similitudes con el español (*comí/he comido*), entre otras romances, hasta en el tipo de auxiliar usado, que también en las dos lenguas germánicas surge como gramaticalización de un verbo con contenido inicial de posesión (*to have, haben*, respectivamente).

¿Es una casualidad? ¿Es una cuestión de contacto lingüístico, vía el procedimiento de la arealidad? Vemos una respuesta posible de parte de Fernández-Ordóñez (2011:78):

«Los tiempos compuestos que hoy emplean gran parte de las lenguas europeas son una rareza desde un punto de vista universal. La tipología lingüística ha podido demostrar que los tiempos compuestos son uno más de una larga lista de rasgos lingüísticos que las lenguas europeas comparten y que están ausentes en el resto de las lenguas del mundo. Pese a pertenecer a familias lingüísticas diversas y no estar emparentadas entre sí, las lenguas de Europa, a través del contacto, han desarrollado y difundido rasgos tipológicamente únicos, conjunto denominado *Standard Average European*»

Por lo que puede apreciarse, el viejo concepto de *arealidad*, acuñado por la romanística de los primeros años del siglo pasado sigue vigente, y aun nos sirve para explicar los nuevos fenómenos que se van elucidando a la luz de los nuevos enfoques.

Conclusión

En estas páginas he querido demostrar, a la luz de un enfoque específico sobre el cambio lingüístico, que las motivaciones para el inicio de un cambio son

1) de causalidad externa (sociolingüística, pragmática): contacto de diferentes tradiciones lingüísticas;

2) de repercusión interna (estructural, funcional): desajuste entre la forma y la función de los signos.

En lo que atañe a la técnica del análisis lingüístico he sugerido algunas estrategias cercanas y complementarias que resumo de esta manera:

1) la conveniencia de desestimar los estrechos enfoques que sugerían una separación tajante del objeto de estudio en dos niveles: el sincrónico y el diacrónico;

2) los beneficios que acarrearán para la mejor comprensión de un fenómeno bajo estudio su comparación con otra lengua cercana (siempre que sea posible, lo que equivale a decir que siempre que el fenómeno que se estudia tenga alguna manifestación parecida o similar en la otra lengua en la que esta se refleja como en un espejo), por ejemplo, y siguiendo mi experiencia, el español en el espejo del portugués;

3) la importancia de observar el fenómeno del cambio como resultado de una cadena causal ejemplificada con el esquema CO > VA > CA

4) la necesidad de trabajar con los diferentes *corpus* que están disponibles en línea para las principales lenguas.

La lingüística histórica, con su ya consolidada alianza de varias disciplinas que han surgido independientemente, se está perfilando como una de las herramientas más poderosas para el conocimiento de las estructuras y funcionamiento de las lenguas naturales, herramientas imprescindibles para la vida en sociedad de los seres humanos.

Notas

(1) «So, linguistic change is the historical process by which language disappears or arises, by which linguistic traditions die out or come into being, and by which often new traditions partially or wholly take the «place» of those dying out in the systems of traditions which we call a language. Certainly what becomes different through change is the specific language itself as a historical product, as a set of traditions; and in this sense we can speak of «linguistic change», i.e. of change *in* a language or in languages. But properly speaking this does not mean that a language as an objective product (*ergon*) changes: it means that a language is produced. In the right perspective, languages are not continually changing, they are continually being produced, being done» (Coseriu 1988a:150, mi subrayado).

(2) «There is a certain tradition in structural linguistics, commencing with Saussure (1915) and continuing with Bloomfield (1933) and implicitly in Chomsky (1975) and the various offshoots of transformational-generative linguistics, of rigorously separating the study of language change - through history (diachrony), child development (ontogeny) and species evolution (phylogeny) - from the study of language as it is (synchrony). This tradition, one suspects from reading F. de Saussure (1915) may have been due initially to a methodological convenience. In American structuralism this reasonably methodological procedure was elevated to the status of a theoretically

significant anti-developmental dogma. There are reasons to believe that this instance of granting a theoretical status to a methodological convenience is ultimately a serious mistake (Givón 1984:44, mi subrayado).

- (3) Es decisiva la distinción entre el cambio en el «tiempo aparente», o sea la distribución de un fenómeno observado a través de los diferentes niveles de edad considerados en la muestra que se estudia, y el cambio en el «tiempo real» que se obtiene de estudios anteriores sobre el mismo fenómeno considerado
- (4) «(...) Nonetheless, we must remind ourselves periodically that language never rests, it is always in the middle of change, in pronunciation, in lexicon and in syntax» (Givón 1984:44)
- (5) Por ejemplo, la partícula negativa *pas* del francés no cerró el camino para la continuación de la forma léxica de la cual proviene, *pas*, esp. «paso»
- (6) En el español de España, el verbo «apetecer» suele competir con «gustar» en algunos contextos. Si la construcción en que aparecen es como la 2., con oración subordinada sustantiva en función de «sujeto», el contraste *Nos gusta ir al cine/ Nos apetece ir al cine* reside, según el Manual de la NGLÉ (p. 496) en que las acciones, propiedades o estados designados por la subordinada son «habituales, estables o caracterizadores» en el caso de *gustar*, mientras que son «episódicos o momentáneos» para el caso de *apetecer*. Así si, súbitamente, fuéramos interiormente impulsados a ir al cine, en este momento, se usaría, en España, repito, *apetecer* reservando *gustar* para expresar la inclinación natural que nos lleva a obtener placer de la visita a un local cinematográfico, en cualquier momento.
- (7) Coseriu en su célebre trabajo sobre la tipología de las lenguas romances (1988b:213) ha formulado el siguiente principio tipológico general que explica la formación de las lenguas romances a partir del latín vulgar: «Innere, paradigmatische materielle Bestimmungen für gleichfalls innere, nicht-relationelle Funktionen una äussere syntagmatische materielle Bestimmungen für gleichfalls äussere, relationelle Funktionen» («Determinaciones materiales, internas y paradigmáticas para, igualmente, funciones internas no-relacionales y determinaciones materiales, externas y paradigmáticas para, igualmente, funciones relacionales externas», mi traducción).
- (8) V. además de Coseriu 1988b referido en la nota anterior, otros trabajos del autor recopilados en el mismo volumen en el que aparecieron los referidos como 1988^a y b: «Der Sinn der Sprachtypologie», «Synchronie, Diachronie und Typologie» y, sobre todo, «Sprachtypologie und Typologie von sprachliche Verfahren» en todos los cuales se defiende la idea básica de la tipología como disciplina no meramente clasificatoria de las lenguas sino como procedimiento y herramienta para el estudio del nivel más alto de organización del lenguaje, precisamente el nivel del tipo, considerado como el principio organizador totalizante de la lengua.
- (9) V. al respecto Elizaincín 2006.
- (10) Lamentablemente poco conocida por ciertos lingüistas que hablan de los mismos temas que Coseriu sin enterarse que alguien ya ofreció una respuesta a tantos problemas que vuelven y vuelven a plantearse.
- (11) Como no lo es, a título de ejemplo, en alemán la distinción entre formas perfectas y formas imperfectas que hace el español: *canté/cantaba*. De ahí que la traducción del célebre libro de Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, pueda aparecer (según el traductor) como «Así habló...» o «Así hablaba Z.»
- (12) «Das typologische Gestaltungsprinzip für das Verb im Vulgärlateinisch und im Romanischen ist folglich dasselbe wie für das Nomen, d.h., die verbale Periphrasen haben im Grunde denselben funktionellen Sinn wie die nominalen Periphrasen» (Coseriu 1988b:214).

Bibliografía

- ANIPA, K. (2010): «Explicating a Crucial Clause in Gómez de Castro's Last Will». *Revue Roumaine de Linguistique*: LV, 1, 3-18.
- HEINE, Bernd & Hiroyuki MIYASHITA (2009): «Gramaticalização e contacto lingüístico: a auxiliarização nas línguas da Europa». En Ataliba Teixeira de Castilho (Org.), *História do Português Paulista*. Vol I. Campinas: Instituto de Estudos da Linguagem. pp. 103-118.

- CALLOU, Dinah (2006): «Variação e mudança lingüísticas: a substituição de *haber* por *ter*». En M. Sedano, A. Bolívar & M. Shiro, *Haciendo lingüística. Homenaje a Paola Bentivoglio*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. pp. 147-162
- CANO, Rafael (coord.) (2004): *Historia de la lengua española*. Barcelona: Ariel.
- CLOSS TRAUGOTT, Elizabeth & Bernd HEINE (ed.) (1991): *Approaches to grammaticalization. Vol. 1. Focus on theoretical and methodological issues*. Amsterdam: John Benjamins.
- COMPANY COMPANY, Concepción (2003): «La gramaticalización en la historia del español» in *Medievalia*: 35. pp. 3-61.
- COMPANY COMPANY, Concepción (dir.) (2006). *Sintaxis histórica de la lengua española. Primera Parte: la frase verbal* (2 vols.). México DF: UNAM /FCE
- COSERIU, Eugenio (1957). «Sincronía, diacronía e historia» in *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias* 15. pp. 201-355.
- COSERIU, Eugenio (1988a). «Linguistic Change Does Not Exist» (paper originally presented at the «UCLA Conference on Causality and Linguistic Change», May 1982) in J. Albrecht (Hrsg.), *Enérgeia und Ergon. Band I. Schriften von Eugenio Coseriu (1965-1987)*. Tübingen: Gunter Narr Verlag. pp. 147-157.
- COSERIU, Eugenio (1988b). «Der romanische Sprachtypus. Versuch einer neuen Typologisierung der romanischen Sprachen» in J. Albrecht (Hrsg.), *Enérgeia und Ergon. Band I. Schriften von Eugenio Coseriu (1965-1987)*. Tübingen: Gunter Narr Verlag. pp. 207-224.
- COTO, Hildo Honório do (2009). «On the so-called complex prepositions in Kriol» in *Revue Roumaine de Linguistique*: LIV, 3-4. pp. 279-294.
- CARTAGENA, Nelson (1999). «Los tiempos compuestos» in I. Bosque y V. Demonte (dir.), *Gramática descriptiva de la lengua española*. Vol. 2. Madrid: Espasa Calpe. pp. 2935-2976.
- EBERENZ, Rolf (2004). «Cambios morfosintácticos en la Baja Edad Media» in Cano (coord.) 2004. pp. 613-642.
- ELIZAINCÍN, Adolfo (2002). «Historias paralelas: español y portugués en América» in M. T. Echenique & J. Sánchez-Méndez (eds.) *Actas del V Congreso Internacional de historia de la lengua española. Valencia, 31/1 a 4/2 de 2000*. Madrid: Gredos. Vol. I. pp. 85-101.
- ELIZAINCÍN, Adolfo (2006). «Funciones, causas, fines: una nueva visión sobre los estudios históricos sobre el lenguaje» in M. Sedano, A. Bolívar & M. Shiro, *Haciendo lingüística. Homenaje a Paola Bentivoglio*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. pp. 749-764.
- ELIZAINCÍN, Adolfo (2009). «Lo que no suele verse en las bibliografías: Tesnière (1939) y van Coetsem (2000). Propuestas inatendidas sobre el contacto lingüístico» in Montserrat Veyrat Rigat & Enrique Serra Alegre (eds.), *La lingüística como reto epistemológico y como acción social. Estudios dedicados al Profesor Ángel López García con ocasión de su sexagésimo aniversario*. Vol. I. Madrid: Arco Libros. pp. 307-316.
- ELIZAINCÍN, Adolfo. En prensa. «Socio y geolingüística: nueva alianza en los estudios sobre el uso lingüístico» in *Estudios lingüísticos e literarios*. Salvador.
- FERGUSON, Charles (1959). «Diglossia» in *Word*: 15, 2.
- FERNÁNDEZ ORDOÑEZ, Inés (2011): *La lengua de Castilla y la formación del español*. Madrid: Real Academia Española (Discurso de ingreso a la RAE leído el día 13 de febrero de 2011).
- GIVÓN, T. (1984): *Syntax*. Vol. I. Amsterdam: Benjamin's.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, Axel (2009): «Posesión y existencia. La competencia de *haber* y *tener* y *haber* existencial» in Company Company (dir.), Vol. 2. pp. 1055-1165.
- HOPPER, Paul J. & Elizabeth Closs Traugott (1993): *Grammaticalization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LAUSBERG, Heinrich (1962): *Romanische Sprachwissenschaft. Formenlehre*. Berlin: Walter de Gruyter.
- MARTÍNEZ- ATIENZA, María (2008): «Dos formas de oposición en el ámbito románico: entre el pretérito perfecto compuesto y el pretérito perfecto simple» in Ángeles Carrasco Gutiérrez (ed.), *Tiempos compuestos y formas verbales complejas*. Frankfurt/Madrid: Vervuert/ Iberoamericana. (= Lingüística Iberoamericana, vol. 34) pp. 203-229.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1942): (6ª. ed. 1964). *El idioma español en sus primeros tiempos*. Madrid: Espasa Calpe.

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2009): *Nueva gramática de la lengua española* (2. Vols.). Madrid: Espasa Libros.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2010): *Nueva gramática de la lengua española. Manual*. Buenos Aires: Espasa.
- RIVERO, María Luisa (2010): «Los verbos psicológicos con experimentante dativo en español y el cambio histórico» in *Cuadernos de la ALFAL*: 1 (Nueva serie). pp. 167-193.
- ROMANI, Patrizia (2009): «Tiempos de formación romance. I. Los tiempos compuestos» in *Company Company* (dir.). Vol. 1. pp. 243-349.
- THUN, Harald & Adolfo Elizaincín (dirs.) (2000): *Atlas diatópico y diastrático del Uruguay*. 2 vols. Kiel: Westensee Verlag.
- VAN COETSEM, Frans (2000): *A General and Unified Theory of the Transmission Process in Language Contact*. Heidelberg: C. Winter.
- VÁZQUEZ ROZAS, Victoria (1995): *El complemento indirecto en español*. Santiago: Universidad de Santiago de Compostela.
- VÁZQUEZ ROZAS, Victoria (2006): «Gustar-type verbs» in J. Clancy Clements & J. Yoon (eds.) *Functional Approaches to Spanish Syntax. Lexical semantics, discourse and transitivity*. Hampshire/New York: Palgrave/MacMillan. pp. 80-114.
- VÁZQUEZ ROZAS, Victoria & Elena Rivas (2007): «Un análisis construccionista de la diacronía de *gustar*» in Iraide Ibarretxe-Antuñano, Carlos Inchaurralde & Jesús Sánchez-García (eds.) *Language, Mind and the Lexicon*. Frankfurt: Peter Lang. pp. 143-164.
- WEINREICH, Uriel (1954): «Is a Structural Dialectology Possible?» in *Word*: 14. pp. 388-400.
- WEINREICH, U., W. Labov & M. Herzog (1968): «Empirical Foundations for a Theory of Language Change» in W. P. Lehmann & Y. Malkiel (eds.): *Directions for Historical Linguistics. A Symposium*. Austin & London: University of Texas Press. pp. 95-188.
- WINFORD, D. (2005): «Contact Induced Changes. Classification and Processes» in *Diachronica*: XXII, 2. pp. 373-427.